



# **Los zoológicos y la paz en Colombia: cambiar de paradigma.**

Mateo Córdoba, sociólogo. Investigador en Colombia para la Fundación  
Franz Weber. Enero de 2018

[www.zoxxi.org](http://www.zoxxi.org)

[www.conservaciocompassiva.org](http://www.conservaciocompassiva.org)

## Resumen

En el siguiente artículo, el sociólogo colombiano Mateo Córdoba aborda un tema de máxima relevancia: el rol de las comunidades locales en los procesos de conservación de especies y de hábitats en la natura.

Teniendo en cuenta que la existencia de los zoos en los siglos XIX y XX no podría ser explicada sin analizar el fenómeno geopolítico del colonialismo, Córdoba nos propone estudiar, para evitar, el fenómeno del neocolonialismo en los planes de protección ambiental del Siglo XXI.

El proceso de paz en Colombia propicia oportunidades para la biodiversidad y la recuperación de los hábitats, pero también llegan nuevas amenazas que provienen de modelos económicos basados en el extractivismo, la expoliación natural y el deterioro ambiental, la mercantilización de la vida animal y el fraude de la conservación ex situ.

Ante una economía depredadora es necesaria una oferta de economía circular, protectora y basada en el bien común (donde la naturaleza sea parte de esta comunidad). Es fundamental encontrar fórmulas económicas y sociales donde mantener los árboles de pie sea más rentable que talarlos, donde sostener las poblaciones de animales sea más beneficioso que acabar con ellas. Todo esto lo podemos aprender de un proceso contemporáneo como es el caso colombiano, la paz entre humanos, la paz con la naturaleza y la obligatoriedad de reparación para todas aquellas comunidades, personas, animales y hábitats que hayan sido víctimas del conflicto armado en el marco de una nueva visión económica basada en la protección ambiental. El desafío es enorme, pero la oportunidad también lo es.

## El cautiverio como huida

Los zoológicos en el siglo XXI se encuentran ante una verdadera encrucijada. Una comunidad de sentido construida de manera global alrededor del respeto y el bienestar animal ha empezado a actuar de manera efectiva a nivel local. El actual paradigma de los zoológicos, cuyo acondicionamiento se reduce a ser centros de cautiverio, ha sido puesto en cuestión y, bajo la gestión de movimientos y organizaciones animalistas, empiezan a brotar propuestas en miras de la reconversión y el cambio de paradigma que las devuelva a la ruta de la conservación, la pedagogía y el bienestar animal.

El conflicto armado de más de medio siglo en Colombia incubó una dinámica de relación entre el ser humano y la naturaleza muy particular. La paradoja ambiental de la guerra, que supeditó la conservación de ciertos ecosistemas de alto interés ambiental a la presencia de la insurgencia (Morales, 2017, p. 12), permite dimensionar el reto ambiental que supone desarmar a las guerrillas y reemplazar su modelo de administración territorial.

Durante 50 años los enclaves ambientales del país coincidieron geográficamente con las zonas en que la confrontación armada fue más intensa. La Amazonía colombiana, uno de los lugares más biodiversos del planeta, fue controlada por el Bloque Sur de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), dejando sin efecto los planes de manejo ambiental y las estrategias de conservación nacidas en la institucionalidad. El metabolismo ser humano/naturaleza quedó en manos de grupos armados

Especies silvestres como el jaguar, el oso andino o la danta, referentes de la biodiversidad colombiana, estuvieron amenazadas por múltiples factores que pasaban por las acciones militares en sus hábitats, el tráfico de fauna, la caza retaliativa, la deforestación. Ante estos peligros, la institucionalidad ambiental en Colombia se encontró maniatada y la investigación científica tuvo que trasladar sus objetos de estudio a lugares más seguros. Es decir, la inviabilidad de investigar en zonas de conflicto se tradujo en una simulación de hábitats y ecosistemas fuera de las áreas naturales, conduciendo al cautiverio de muchas especies en aras de una supuesta investigación y conservación lejos de los territorios en guerra.

En medio de un país en guerra, los zoológicos fueron presentados como ventanas al mundo natural y escenarios pedagógicos, para que el país conociera aquella biodiversidad que en la vida salvaje estaba vetada por la guerra. Ahora, con el desarme de la guerrilla de las FARC, y el acuerdo de un alto al fuego bilateral del Estado colombiano con la insurgencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN), muchos ecosistemas están en condiciones de ser restaurados. Eso también significaría la reintroducción de animales silvestres, y la consolidación de una política de conservación territorial, en diálogo con las comunidades (campesinas, indígenas, afro) que han habitado y convivido sosteniblemente con la biodiversidad durante siglos.

La conservación en cautiverio ha permitido la preservación en Colombia de individuos de especies que se vieron diezmadas por el impacto de la guerra en sus ecosistemas, pero generó una dinámica de individualización en la tarea de los zoológicos frente al ejercicio de la conservación.

## El camino comunitario

Mientras en los ecosistemas colombianos agonizaban –en términos de poblaciones– especies carismáticas, como el cóndor o el mono tití, en los zoológicos se mantenían ejemplares, alrededor de los cuales se construía toda una identidad corporativa y empresarial<sup>1</sup>, mientras se renunciaba a la vocación restaurativa de estos centros. La reintroducción de la fauna dejaba de ser una posibilidad. Lo anterior, añadido al hecho de la sistemática importación de animales exóticos, en medio de una búsqueda de visitantes y solvencia económica.

Al contrario, en lugar de fortalecer programas de reintroducción y conservación, la guerra se convirtió para los zoológicos colombianos en la excusa perfecta para construir verdaderos centros de cautiverio con dinámica de empresa, y cuyo mercado se definía en virtud de lo exóticos que podrían llegar a ser los animales, y lo exitosa que fuera la construcción de marca en torno a un animal en específico, al cual se le ponía un nombre llamativo que pudiera manejarse publicitariamente. Dicho manejo es normal en los zoológicos que entran a competir por el mercado del turismo ocasional, así como su posicionamiento y la estrategia de marketing, segmentando los servicios que ofrece según el público al que apunta (Maripángui, 2012, p. 3).

La finalización del conflicto armado en Colombia le da nuevas perspectivas a la conservación de especies silvestres en vía de extinción, reorientando el cuidado de sus hábitats para que sea ése el lugar para garantizar su vida, su reproducción y sus ciclos naturales. Allí reside el argumento de la paz ambiental: sacar a la naturaleza de la guerra, reparar los efectos del conflicto en los ecosistemas y construir planes de conservación de especies de manera participativa, con perspectivas sostenibles y en virtud del principal valor del acuerdo de La Habana: el enfoque territorial. Muchas zonas de alto interés ambiental ya fueron abandonadas por el conflicto armado, pero el Estado colombiano sigue sin llegar allí. Esta realidad se solapa con el compromiso de muchas comunidades rurales para restaurar ecosistemas y cuidar de las especies. El puma o el mono churuco, como especies amenazadas, no pueden esperar a que el Estado colombiano llegue y salvaguarde sus unidades de conservación, y el cautiverio en los zoológicos se contrapone al cambio integral de paradigmas que viene en el marco de la superación de la guerra. Entonces, el enfoque territorial de la construcción de paz requiere un nuevo modelo de conservación de especies que, además, pueda ser agenciado por comunidades que conozcan su entorno y estén comprometidas con la restauración de los ecosistemas.

Muchos son los retos ambientales para construir la paz en Colombia. La salida de las FARC de muchas áreas ha coincidido en el tiempo con un aumento de la tasa de deforestación a lo largo y ancho del país. Las cifras del gobierno colombiano dicen que el país está deforestando 200.000 hectáreas por año, y los territorios más deforestadores fueron las zonas de influencia directa de la insurgencia.

<sup>1</sup> Entre los ejemplos de ésta lógica pueden encontrarse el zoológico de Cali y 'Mayo', (un tapir amazónico) ó el zoológico de Barranquilla y 'Chucho' (un oso andino).

En áreas de alta biodiversidad se ha registrado el avance de terratenientes, que pagan a nuevos colonos campesinos para que remuevan las capas de bosque que se mantuvieron relativamente a salvo durante el conflicto armado para, posteriormente, llenar el terreno de cultivos y cabezas de ganado (vacas).

Así mismo, los páramos en Colombia fueron escenario durante 50 años de una guerra de alta montaña. Ecosistemas tan frágiles como los más de cuarenta complejos de páramo que hay en el país, fueron corredores de la insurgencia ante la dificultad que representaba para el Ejército realizar operaciones a dicha altura. Áreas que además son hábitats de grandes mamíferos como el oso y el venado. Ahora, con el desescalamiento de la guerra, el gobierno colombiano no puede insistir en un modelo de conservación sin gente, que entiende la preservación de estos ecosistemas como un trabajo de carácter técnico, institucionalizado y restrictivo. Durante el 2017, en el páramo de Sumapaz, el más grande del mundo, se vivió el primer año sin guerra después de varias décadas. El batallón que fue construido para combatir a la guerrilla de las FARC ahora se dedica a sembrar frailejones y reforestar, pero por otro lado se está viviendo un estallido del fenómeno turístico, que ve llegar cada fin de semana a más de 800 turistas, cifra que supera la capacidad de carga ecológica del páramo y que pone a éste ecosistema en vulnerabilidad manifiesta (Valencia Agudelo et al., 2017).

Los hechos demuestran que con parar la guerra y emitir conceptos científicos no se garantiza la conservación integral de ecosistemas y especies silvestres. El manejo comunitario de áreas protegidas ha demostrado ser un mecanismo efectivo en muchos países, que junto a enfoques de género y programas de pago por servicios ambientales puede constituirse en un verdadero garante de la preservación de la biodiversidad.

Aunque la conservación sea un compromiso de gobierno y hayan entidades especializadas en ello, la participación comunitaria en los programas de manejo ambiental les imprime integralidad y pertinencia local, debido a que “el concepto de ecosistema y ambiente natural varía de acuerdo a los beneficios que cada actor obtiene” (Delgado, Bachmann, & Oñate, 2007, p. 7). Así pues, sí se logran puntos de encuentro entre las consideraciones técnico-científica y el conocimiento comunitario, y se sublima el concepto en que el ecosistema y la comunidad se necesitan, no habrá mejor garante de la estabilidad ecológica del área protegida que las y los habitantes de la zona (campesinos, indígenas, comunidades negras).

El jaguar, por ejemplo, es un felino que tiene en Colombia el punto clave de su ruta entre Suramérica y Centroamérica. Tras la entrega de armas de las FARC y la desaparición del Bloque Sur de dicha guerrilla, muchas de las zonas que se mantenían conservadas, y que eran elementales para el paso y la reproducción del jaguar, han sido colonizadas por terratenientes y el bosque ha desaparecido. Las autoridades han colapsado ante el flujo de llamadas en las que se denuncia la presencia del felino en una propiedad privada, pues en dónde antes el jaguar encontraba selva ahora hay fincas y vacas. Las comunidades que habitan la amazonía, o la Serranía de San Lucas al norte de Colombia, han convivido con el jaguar durante siglos, sabiendo qué zonas están vetadas para la actividad humana y por dónde pasa el animal.

Sin la insurgencia, que controlaba el fenómeno de la deforestación y la caza de fauna silvestre, el Estado se ha visto sin la capacidad de acción y cobertura para proteger al felino de la nueva situación territorial, y ante la necesidad ecológica del paso del jaguar por la selva que ha habitado durante siglos, más que el cautiverio es el enfoque comunitario y compasivo de la conservación el que se muestra como la mejor posibilidad.

## A manera de conclusión

Hay escenarios innaturales que, sin una debida explicación y pedagogía, pueden terminar naturalizando maltratos y situaciones que en su origen fueron salidas de emergencia o respuestas a contingencias en específico. Los zoológicos se convierten en centros de cautiverio con ánimo de lucro, cuando su misión y su visión se convierte en una justificación biológica y ecológica del cautiverio en sí mismo. La finalización del conflicto armado interno en Colombia abre un campo de posibilidad para que el metabolismo ser humano/naturaleza tome un nuevo respiro, sin grupos armados de por medio y administrando el territorio. La guerra y la diversidad cultural y geográfica colombiana han engendrado particularidades y estrategias de territorialización de comunidades campesinas, indígenas y afro que deben ser valoradas de cara al futuro, como expresiones autóctonas de un mismo imperativo ético: la conservación y restauración de los ecosistemas.

Para que lo anterior aterrice en programas de recuperación y reintroducción de fauna silvestre, es necesario prescindir del enfoque que considera que las comunidades deben ser integradas a los planes de manejo ambiental. La conservación compasiva y la paz con la naturaleza requiere de un enfoque decolonial de la protección de la fauna y la biodiversidad, que transite del enfoque de la comunidad invitada al reconocimiento de las capacidades y las trayectorias territoriales y comunitarias, en el cuidado y la recuperación de lo hábitats (Artigas, Ramos, & Vargas, 2014).

Con la paz, la disyuntiva para el oso andino o el jaguar no puede ser entre el cautiverio o ser cazado por ganaderos en el sur del país.

Es allí donde los zoológicos pueden convertirse en centros de despliegue de pedagogía y activismo conservacionista, mientras –en sus hábitats– los animales recuperan su vida y las comunidades locales, con acompañamiento científico y técnico, devolviendo a la naturaleza su territorio. Esa es la conservación compasiva, un modelo que renuncia a los conocimientos totalizantes, que subestiman las capacidades y resultados de las comunidades en el manejo y la recuperación de especies y hábitats. Sin neocolonialismos ni pretensiones de universalidad, los zoológicos en Colombia pueden convertirse en agentes cruciales de la construcción de paz territorial en el país, retomando la vocación restaurativa y pedagógica, para que los animales dejen de morir de viejos en cautiverio y recuperen lo que la guerra les quitó.



## Bibliografía

Artigas, E. A., Ramos, A., & Vargas, H. (2014). La participación comunitaria en la conservación del medioambiente: clave para el desarrollo local sostenible. *DELOS Desarrollo Local Sostenible*, 21.

Delgado, L., Bachmann, P. M., & Oñate, B. (2007). Gobernanza ambiental: una estrategia orientada al desarrollo sustentable local a través de la participación ciudadana. *Ambiente Y Desarrollo*, 3(23).

Maripángui, L. (2012). Diseño de una estrategia de marca para un parque zoológico. Universidad de Chile.

Morales, L. (2017). La paz y la protección ambiental en Colombia: Propuestas para un desarrollo rural sostenible. Bogotá: Diálogo Interamericano.

Valencia Agudelo, L., Córdoba, M., Ávila, A., Montoya, C., Vargas, N., Castro, J. D., ... Jiménez, A. (2017). Terminó la guerra, el postconflicto está en riesgo. A un año del acuerdo de paz. (L. Valencia, Ed.) (1a Ed). Bogotá: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.